

¿Asustar o no asustar, esa es la cuestión?

Las políticas del miedo



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

La opinión pública está inquieta y muchos ciudadanos no saben a qué atenerse, no entienden la mayor parte de lo que escuchan sobre los debates que tienen lugar en el interior de los partidos políticos, ni aciertan a comprender qué futuro nos aguarda.

El argumentario del miedo

Lo que sí parece claro es que en la mayor parte de las informaciones sobre el devenir de este año aparece recurrentemente la palabra *miedo* y el verbo *asustar*. Pablo Iglesias Turrión e Íñigo Errejón parece que debaten sobre si deben asustar o no asustar a los "poderosos", y de paso a los ciudadanos (?). "¡Ay de nosotros el día que ya no asustemos!" —clama el gran líder fundacional e "imprescindible" de Podemos—, según el decir de Monedero, que a su vez "asusta" a un Juez —¿de su cuerda?— susurrándole al oído: "¡Cuidadito con lo que dices!". Como lo más normal.

¿Serán ciertas estas informaciones? —se preguntan muchos—, mientras en el PSOE no faltan los que también esgrimen el argumento del miedo. "¡Cuidado con Pedro Sánchez!" —nos advierten. "¡Sánchez asusta a los poderosos!". "Ya le han puesto el veto" —claman al unísono algunos, sin darse cuenta de que por esa vía están convirtiendo a Pedro Sánchez en un héroe popular.

Desde luego, el "miedo" no es algo a minusvalorar como factor político. La experiencia histórica demuestra que los electorados amedrentados pueden tomar decisiones y apoyar a líderes que sí que son realmente para tener miedo. A veces, un auténtico "miedo" a la libertad.

Por eso, los pueblos más cultos, los partidos más civilizados y las democracias más maduras se miden, y valoran, entre otras cosas por el grado en el que logran estar vacunados contra el miedo. De ahí que el fino olfato popular de muchos ciudadanos les haga ponerse en guardia cuando escuchan la palabra *miedo* y el verbo *asustar*.

El principio de la era Trump

Cuando la lógica del miedo y la práctica de asustar, como arma política, la protagoniza el líder del país más importante y poderoso de la Tierra, la cosa empieza a ser realmente inquietante.

Aunque todos sabemos que no es bueno, ni riguroso, anticipar acontecimientos difícilmente previsibles, lo que sí puede anticiparse con un cierto fundamento es que el Presidente Trump tiende a operar a partir de esquemas penetrados por la lógica del miedo. Algo que acredita su propia biografía, con los cientos de pleitos que ha puesto en marcha, con su dialéctica agresiva, e incluso bravucona, con los tuits amenazadores que hace circular... etc. Es decir, no puede negarse que tiene un estilo propio, en este caso adobado con una serie de propuestas electorales realmente preocupantes si se llevan a la práctica y que, de momento, el coro de biempensantes intenta exorcizar sosteniendo que solo se trata de "meras" promesas electorales, que un Presidente serio de los Estados Unidos no va a cumplir. Lo cual no deja de ser una previsión un tanto peculiar y sorprendente, en la que se hace descansar la esperanza en la falta de coherencia —y concordancia— democrática.

De momento, los tuits y la conformación de un gabinete integrado por militares con fama de belicosos, junto a grandes magnates económicos y personas de un reconocido "carácter" son referentes que, desde luego, van a imponer mucho *respeto*.

Por lo tanto, están dadas las condiciones para que la palabra *miedo* y el verbo *asustar* se conviertan en variables que pueden tener una importancia crucial en la política internacional a partir del momento en el que Donald Trump empiece a desempeñar la Presidencia de la primera potencia mundial, económica y militar. ¿Qué consecuencias prácticas podrá tener esta previsible forma de actuar? Mejor no pensarlo mucho.

¿Por la senda de Nixon?

Si, Donald Trump, una vez instalado en la Casa Blanca, no siente el efecto transformador que, hasta ahora, ha llevado prácticamente a todos los Presidentes de los Estados Unidos a convertirse en figuras institucionales capaces de situarse por encima de las desavenencias más gruesas y más parciales, lo más probable es que una parte considerable del *stablishment* político –pero no solo– empiece a pensar en Richard Nixon.

Hay que recordar, en este sentido, que el camino hacia el *impeachment* de aquel ex Presidente, tan polémico y tan contestado, fue una operación de espionaje electoral, encaminada a intentar obtener ventajas competitivas –ilícitas– frente al candidato demócrata a la Presidencia.

Por eso Nixon, que parece que compartía el criterio de que “el fin justifica los medios”, tenía escrito su destino desde el día que traspasó el umbral de la Casa Blanca. En unos momentos, posiblemente, en los que la opinión pública no estaba tan sensibilizada como hoy ante determinadas formas de proceder en política.

Los hechos que ya se conocen más fehacientemente en estos momentos son que en la última campaña el candidato republicano también ha recibido “ayudas” particulares para lograr desbancar a la candidata demócrata. Aunque esta lograra en realidad cerca de tres millones de votos populares más que Trump. Lo cual inevitablemente resta una cierta legitimidad democrática de fondo a su mandato.

Si nos atenemos a la propia dinámica de la campaña electoral, a pocas semanas del día de la votación Hillary Clinton aventajaba por bastantes puntos en todas las encuestas a su competidor republicano. Sin embargo, en pocos días se produjo un vuelco en las encuestas debido a las oleadas de sospecha que cayeron sobre la candidata demócrata a partir del pirateo de informaciones internas del equipo de campaña demócrata –como en el Watergate!– y su inmediata difusión pública. Ahora con el agravante de que los “intrusos” eran parte del espionaje ruso. A lo que se añadió el efecto especialmente perverso de las dudas aireadas por el responsable del FBI sobre confusos asuntos relacionados con las comunicaciones de Hillary Clinton. Algo demasiado “casual”, que debemos suponer que estará siendo investigado debidamente por los representantes públicos, no solo demócratas, sino también por todos los republicanos leales que creen en su *sistema*

político y que piensan que en las campañas electorales hay determinados límites de juego sucio y sesgado, que nunca deben traspasarse. Algo que no ocurrió en este caso. Lo que nos obliga a plantearnos una cuestión crucial: ¿cuántos votos más de ventaja –además de los tres millones ya contados– hubiera obtenido Hillary Clinton sobre Donald Trump si no hubieran incidido en la campaña tales “influencias anómalas y externas”, por llamarlas de alguna manera?



C. BARRIOS

Efectos circulares y retroalimentadores del miedo

Si Donald Trump y su núcleo directo de poder conocen estas situaciones, y si son conscientes de su posible evolución –que seguro que lo son–, es evidente que tendrán que estar preocupados por su futuro, y por los efectos que todo esto puede tener en la popularidad del Presidente. Como ocurrió con Richard Nixon, cuya credibilidad política acabó por los suelos.

La madurez de una democracia y la solidez de unos partidos políticos se pueden medir y valorar por el grado en el que logran vacunarse contra el influjo de las políticas del miedo.

Por lo tanto, como Trump y su círculo –que han pleiteado y peleado mucho– saben que los procesos judiciales y parlamentarios pueden ser lentos –máxime en casos como este–, pero acaban siendo irreversibles, lo más plausible es que también tengan miedo. Desde luego, experiencias como las de Nixon y su equipo no son nada deseables.

El problema es hasta qué punto tales sensaciones de miedo podrán acabar convirtiéndose –también– en un elemento importante de influencia en los

comportamientos políticos del nuevo Presidente de los Estados Unidos.

La gran coartada-aportación por la que apostó Nixon en su momento fue la distensión internacional, de la mano de figuras como Henry Kissinger. Pero, lo cierto es que de poco le valieron los éxitos cosechados en este campo de cara a su *impeachment* y a la recuperación de apoyos ciudadanos y de popularidad.

El recurso al miedo y a la intimidación son las peores y más rechazables bazas políticas que se pueden jugar.

Por eso, es bastante plausible que el miedo en este caso tienda a llevar a Donald Trump por otros caminos. ¿Cómo podría ganar en poco tiempo un personaje como él las cotas de popularidad imprescindibles para poder intentar frenar en seco un proceso de *impeachment*? Desde luego, no solo intentando desligarse totalmente de los hechos que lo pueden sustentar, como procuró hacer Nixon en su momento, aconsejado por abogados básicamente "resistenciales" y "juridicistas".

Sin embargo, es harto probable que Trump y su círculo lleguen a la conclusión de que en esta ocasión ese no es el camino más apropiado y que, consecuentemente, se lancen a una carrera alocada para intentar convertir a Trump en un personaje enormemente popular, apoyado por amplios sectores de la población norteamericana, y un referente icónico del conservadurismo mundial. ¿Cómo podría lograrse tal cosa? Desde luego no solo, ni suficientemente, forzando compromisos de grandes empresas para volver a invertir y crear puestos de trabajo en suelo patrio, ni tampoco solamente incrementando las inversiones en armamento, ni tampoco plantando cara y cantando las cuarenta a sus socios de la OTAN y a sus competidores asiáticos.

En el ciclo político que se abre en 2017, todo parece indicar que las políticas del miedo van a desempeñar de nuevo un papel estratégico crucial.

Verosímilmente, para lograr tales efectos sociológicos, algunos pensarán en medidas e iniciativas patrióticas de mucha más intensidad y capacidad de proyección simbólica y emocional. Por ejemplo, quitarse la espina que tienen clavada los norteamericanos que piensan que

Cuba es la gran afrenta que se mantiene incólume ante el poderío norteamericano y el orgullo patrio. De ahí la tentación que podría producirse en forma de un ajuste de cuentas rápido y contundente que dejara claro *quién manda* y *cómo* en el Mar Caribe y en la zona inmediata de vecindad e influencia de los Estados Unidos.

Repartirse el mundo

Si se diera este paso, no hay que desechar que Rusia, a su vez, reafirmara su poder en Crimea y Ucrania, poniendo en marcha un esquema de reparto de zonas de influencia mundial —¡otra vez!— que tendería a reforzar en sus respectivos países a Putin y a Trump, con sus nuevos estilos y formas de actuar en política.

Por tal senda, las opiniones públicas de estos dos grandes países vivirían momentos de exaltación patriótica y de cierre de filas en torno a sus dos grandes líderes, mientras otros países vecinos —y sus poblaciones— quedarían paralizados por el miedo. Incluso no hay que desechar que se intenten aprovechar las circunstancias de exaltación popular para organizar en Estados Unidos movimientos patrióticos de apoyo directo a su líder —como ya hace Putin—, más allá del actual Partido Republicano. Es decir, sin intermediarios y sin los condicionantes de las "camarillas internas".

Si hipótesis y escenarios de esta índole —con todos sus peligros e incertidumbres— se cumplen en la realidad, es evidente que nos encontraríamos ante circunstancias mundiales crecientemente descontroladas, enormemente inciertas y sumamente peligrosas. Y, sobre todo, imprevisibles. Precisamente, ese es uno de los principales problemas del futuro inmediato: su imprevisibilidad.

Por ello, todo lo que sea dejarse llevar por "las políticas del miedo" y avenirse a que empiecen a "cabalgar los caballos de la guerra" es volver a resucitar los más negros augurios sobre nuestro futuro. Algo que solo se puede evitar con mucha prudencia, con mucha inteligencia —y autocontrol— y con una voluntad inequívoca de lograr que *la razón de la fuerza* no prevalezca sobre *la fuerza de la razón*.

Un viejo dicho militar aconsejaba no desenfundar nunca el sable si no se estaba dispuesto, de verdad, a no volver a enfundarlo hasta que estuviera manchado de sangre. Por eso, ahora no hay que cerrar los ojos a lo que puede pasar, ni dejar de ocuparse diligentemente en contribuir a que no se cumplan —a que no se puedan cumplir— los escenarios más inquietantes y amenazantes. **TEMAS**